



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 5.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Febrero 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXVI.

SUMARIO.

Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes de novedad para baile y visitas.—Vestido de tarlatana rosa guarnecida de encaje.—Vestido de faya.—Delantales para niña.—Vestido adornado con lazos.—Vestido elegante guarnecido con fleco.—Vestido blusa para niña.—Vestido con mantelo.—Vestido túnica.—Trajes de miscelánea: aldeana griega.—Estudiante de la Edad Media.—Caballero de la corte de Enrique VIII de Inglaterra.—Dama de la Edad Media.—Sacerdote griego.—Caballero del tiempo de Luis XVI.

Traje de invierno.—Dama de principios de este siglo.—Traje de verano de aldeana Suiza.—Mejicano.—Luisa de Lavalliere.—Patricia alemana.—Guerrero ruso del ejército de Crimea.—Aldeana francesa.—LITERATURA: Impresiones, por Salvador María de Fábregues.—Soledad, poesía, por Eduardo López Pego.—Soberbia humana, poesía, por F. S. y A.—Espigas y amapolas, por Angela Grassi.—Consejos de higiene, por Un viejo Poetor.—Charadas.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS

La constante preocupación del momento para las damas son las fiestas nocturnas, y así en la clase elevada como en la clase media, este mes no se habla más que de bailes, de comedias de salón, de conciertos, y las mismas noticias de Modas que recibo de París obedecen á esta exigencia del momento. — Es natural: los trajes de calle no pueden ofrecer novedad hasta el cambio primaveral, y excepto algun nuevo detalle, algun accesorio de gusto en vestidos ó sombreros, las modas de calle han dictado ya sus últimas órdenes por este invierno. Los trajes de lana que al realzarlos con la faya, el terciopelo, las pieles ó los flecos, han perdido su modesta sencillez, hacen el papel principal en visitas y paseos y aun en tertulias de confianza. Los sombreros de castor triunfan sin rival, y la introducción del encaje crema sobre el castor negro y el terciopelo, da por resultado sombreros muy serios y elegantes para el paseo y el teatro. En este mismo número hallarán mis bellas lectoras modelo de tan feliz combinación, y Madame Elisa, en su elegante comercio de la Puerta del Sol, los ostenta muy bellos, habiendo tenido la amabilidad de dejarme ver todo el surtido de plumas, flores y encajes que ha recibido como auxiliares de su buen gusto. Parece que por el momento el color favorito para telas, encajes y adornos es el color crema, blanco mate, y allí he visto plumas y flores de este color de una delicadeza exquisita. El abuso que del color crema se está haciendo en la actualidad en París, ha hecho que se designen los bailes con el nombre de "bailes blancos", porque la mayoría de las damas se presenta de este color, dando verdadera monotonía al salón: en este color se admiten en cambio todas las telas, desde la tarlatana hasta el brocatel, y la unión de dos hace combinaciones muy bellas. La forma de túnica, ó sea sotana escotada, está muy admitida para vestidos de baile, y la túnica hebrea, escotada también, unida por un botón en el hombro sobre el cuerpo del vestido, es la que por el momento está haciendo furor en los salones aristocráticos del barrio Saint Germain: sobre estas túnicas suelen anudarse echarpes muy flojos de la misma tela de la túnica, y gozan también de gran favor los vestidos de tul ó tarlatana con coraza de brocado y echarpe anudado so-



1. Vestido para baile.

1 y 2. TRAJES PARA BAILE Y VISITAS.

2. Traje de visitas.

bre la falda, unas veces en una vuelta, otras en dos formando espiral, y sujetos los remates con grandes lazos, encajes ó flores. Hay túnicas hebreas de encaje blanco ó negro y de la llamada blonda española, que colocadas sobre un traje de brocatel pajizo ó azul claro, son fascinadoras: las señoras que poseen buenos encajes y blondas, pueden utilizarlas haciendo armar á la encajera una de estas túnicas, que ella dispondrá con arte las uniones y

los aros lisos más ó menos dobles, llamados *porta-diada*, son los más estimados por el momento: los hay esmaltados de negro con un cordón de diamantes, ó con las iniciales ó los cuatro palos de la baraja francesa de piedras ó de esmalte; los hay de oro liso con tres perlas ó tres brillantes, y los hay, finalmente, lisos enteramente, sin más que una cifra ó un nombre esmaltado.

Entre los adornos de flores, las menudas como eglan-

añadidas. Las faldas se llevan para estos trajes adornadas, muy adornadas con plegados, bullones, ruches, y como las dos telas siguen siendo indispensables, suele hacerse en tul, tarlatana ó faya la falda de extensa cola; y la coraza, túnica ó echarpes, de tela más pesada: las mangas son cortas, casi un diminuto adorno con las corazas y túnicas escotadas, unas y otras abrochadas por detras con trencillas ó botones, y en cambio con las corazas altas las mangas se hacen de forma Luis XV, que llegan solo hasta el codo, porque es muy importante advertir que las mamás y señoras que no bailan, van de coraza alta, abierta del pecho en pico ó en cuadro y con manga larga, esto es, que llega hasta el codo poco más. Los buenos encajes con esta hechura lucen mucho.

Como contraste con el color blanco, está admitido este invierno el negro para salón, solo que se le pondrá mucho oro en diferentes caprichos: el tul negro salpicado de oro, ó bordado en cenefa, es de un efecto muy bello, y estos trajes se adornan con flecos de seda y oro y con grupos de espigas de oro entre follaje de terciopelo negro. También este tul moteado de oro se combina con brocatel negro y color de oro con terciopelo.

En joyas parece notarse este año menos profusión que otros, y hay personas muy conocidas que parecen hacer alarde de sencillez en este terreno. Ya el calabrote de rico medallón ha sustituido hace tiempo al ostentoso collar de perlas ó brillantes que antes se lucía con los trajes de baile, y asimismo el sprit ha reemplazado á la diadema colocado entre un lazo ó un grupo de flores. Los pendientes no se estiman tampoco actualmente por su tamaño, sino por su buen gusto, figurando en primer término los aderezos de trasparente esmalte con chispas de brillantes, salpicada la cola de un pavo real ó el tocado de un busto egipcio. En brazaletes, el capricho no tiene límites, pero

tinias, verbenas, miosotis y rosas de musgo, son las preferidas para las jóvenes, y muy particularmente si son para grupos de los vestidos de baile. Para la cabeza se llevan en grupos y en media corona con grandes y flexibles ramas flotantes entre los tirabuzones; los peinados para baile son de alguna elevación por delante, en bucles y cocas, rematando por detrás el peinado dos grandes tirabuzones, ondeada la parte superior ó todos rizados en espiral: los guantes para baile son de cuatro, seis y hasta ocho botones; los abanicos de tamaño regular y en fondo negro bordado con oro, ó en raso blanco pintado á mano.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2 TRAJES PARA BAILE Y VISITAS.

1. *Vestido para baile.*—(Patron: en el pliego por el revés núm. VIII). Es de tarlatana rosa, y el volante que termina la falda tiene 12 cents. de ancho por delante y 20 por detrás, cubriendo el resto de la falda bullones perpendiculares separados, puntillas dobles unidas por una ruche y volantes por detrás: la parte inferior de este adorno remata en ondas, completando el traje por detrás túnica de la misma tarlatana de un solo pedazo de 1 metro 25 cents. en cuadro redondeado por abajo, abierta una abertura de 20 cents. en el centro inferior y toda guarnecida de puntilla y ruche, y recogida con flores. Coraza de faya con los mismos adornos que la falda, flores en el peinado y cintura castellana para el abanico, hecha de cinta y flores.

2. *Traje para visitas.*—(Patron: el del núm. 25).—Puede hacerse este vestido en faya ó en cualquiera tegido de lana liso, guarnecido de faya del mismo color: la falda lleva volante plegado de 30 cents. de ancho con otro pequeño fruncido á la cabeza y biés orillado de faya más clara: la túnica mantelo es de forma cuadrada guarnecida de encaje y biés, y adornada por lazos. Coraza de talle largo, abotonada en la espalda y manga con doble plegado. Sombrero de castor negro con encaje, pluma y cintas color de crema.

3 Á 18. TRAJES DE MASCARA.

3. *Aldeana griega.*—Camisa de lana blanca ceñida por cordón al escote y por grandes hebillas en el talle unidas á un justillo de seda azul, mangas entreanchas de la camisa y otras encarnadas como la falda: paletot holgado y sin mangas negro adornado de encarnado, delantal de lana amarilla bordado de negro, faya de lana azul y gorro encarnado con gran velo de gasa blanca cruzado.

4. *Estudiante de la Edad media.*—Calzon de punto, zapato de terciopelo y tonelete con grandes mangas de terciopelo forrado de seda azul, igual al ribete de las ondas de manga y esclavina, birrete de terciopelo. (El pliego de patronos por el derecho ofrece el de este traje y su explicación).

5. *Caballero de la corte de Enrique VIII.*—Calzon de punto y sobrevesta de terciopelo guarnecida de piel de armiño, con manga algo corta para dejar ver otra interior de raso grana. Collar de piedras y sombrero con joya y pluma.

6. *Dama de la Edad media.*—Falda primera de brocatel de colores sin ningún adorno y sin cola: vestido superior de lana azul claro ó marrón, de escote cuadrado y extensa cola, cuyo traje se cortará por el patron de un vestido princesa de actualidad: una tira ricamente bordada con plata ó oro guarnece todo el traje, y rico cordon de oro y seda cruza á recoger el vestido y sostener la limosnera bordada de oro y piedras, al lado derecho. Las mangas cortas se completan con otra larga y ancha de gasa de oro con ancho puño correspondiente al traje. Pañuelo de gasa cruzado por dentro del escote, sombrero correspondiente al traje y velo largo.

7. *Vestido de baile.*—Es de tarlatana blanca, cubierta la falda de numerosos rizados y bullones y coraza escotada de faya con plegados de tarlatana.

8. *Sacerdote griego.*—Túnica talar negra con mangas perdidas adornadas de piel y abierta por delante en todo su largo sobre otra túnica de seda grana, y manga justa de este color bajo la ancha negra, birrete de terciopelo sobre el cabello largo y suelto, y zapatillas altas de terciopelo con encajes.

9. *Caballero del tiempo de Luis XVI.*—Medias de seda y zapato con hebilla de piedras y alto tacon. Calzon ceñido bajo la rodilla con un lazo y chupa de raso amarillo, cerrada la última con botones de piedras y realzada con chorrera de encaje en la camisa, iguales á los vuelos de manga. Casaca de terciopelo azul con grandes cartones, toda adornada de bordados ó encajes de plata ó oro. Peluca empolvada con gran lazo negro en la coleta, sombrero de fieltro con pluma blanca y espadín de acero.

10. *Invierno.*—(Vestido alegórico). Falda corta y paletot ceñido, de seda negra cubierto de algodón en rama ó pellas como si fueran copos de nieve. Gorra semejante, más cubierta de copos y con algunas ramas secas por adorno. Las manos, en vez de abrigarse con el característico manguito, llevan guante blanco y á prevención papel cortado que hacen llover á su paso, produciendo agradable confusión.

11. *Dama del principio del siglo.*—Vestido algo corto para dejar ver el pié calzado con zapato bajo y galgas; el vestido de grandes ramos es de talle corto, escotado sobre camiseta alta y con mangas de ahuecadores. Cinturón con gran hebilla, abanico grande y sombrero ó gorra de gran ala levantada alrededor.

12. *Verano.*—Falda primera de raso amarillo adornada de flores silvestres á grupos, y segunda falda de gasa del mismo color con lazos, espigas y avena: el cuerpo escotado con manga corta, repite el mismo adorno: fichú anudado por delante y cinturón de gasa blanca. Zapatos escotados, corona de amapolas y espigas, y hoz en la mano.

13. *Mejicano.*—Pantalon largo de terciopelo marrón con tira de color más claro y adornado de galones de oro: este pantalon, abierto del costado, deja ver calzon ceñido y media de otro color. Camisa floja de batista, chaqueta de paño marrón con bordados de terciopelo del mismo color y blanco, y sombrero de anchas alas de paja.

14. *Aldeana suiza.*—Falda corta y justillo abrochado con trencilla por delante sobre camiseta alta y con manga larga: del talle estrecho y corto de otro color que la falda, y cofia de muselina plegada y adornada de lazos y flores. Media de algodón y zapato bajo.

15. *Luisa Lavalere.*—Falda de raso con ancho galon de oro al borde y traje abierto encima de brocado con extensa cola, orillado de un bordado de oro y vuelto en solapas por delante forrado del color de la primera falda y sostenidas por lazos: cuerpo escotado de peto largo y adornado de galones de oro: mangas cortas huecas y berta de tul con encajes: peinado de tirabuzones y collar y cinturón de piedras.

16. *Patricia alemana.*—Vestido semejante al del número 6 sin cola y con camiseta alta plegada y rematada con gola. Cofia de batista y velo de tul.

17. *Guerreiro ruso del ejército de Crimea.*—Túnica ó vesta de paño blanco sobre otra negra ó encarnada que asoma 10 centímetros alrededor: calzon blanco hasta la rodilla, botines altos negro ceñidos con correas y hebillas, casco y camiseta de mallas de acero: armas al cinto.

18. *Aldeana.*—(Traje para niña). Falda corta encarnada con terciopelos orillados de soutiche de oro, justillo de terciopelo negro con oro, delantal blanco con arabescos amarillos, camisa de batista con mangas largas y cofia de terciopelo negro con plegados de muselina.

19 Y 20. DELANTALES PARA NIÑA.

Patron y explicación en el pliego de patronos por el revés, número XII.

21. VESTIDO CON FALDA DE COLA.

Patron para el cuerpo, el del número 25.

Este vestido, sencillo en extremo, puede hacerse en toda clase de telas, desde la seda al terciopelo: la falda lisa lleva extensa cola, y la túnica es un mantelo que cierra por detrás con puntas prolongadas y lazos, completándole bolsillo al lado derecho: chaqueta con cuello vuelto y gola.

22. VESTIDO CON MANTELO PLEGADO.

Este vestido, de complicado adorno, lleva patron del cuerpo en el del núm. 25: la falda ceñida enteramente por arriba, forma por detrás la cola con un pedazo postizo y fruncido á cierta altura de la falda, y ésta va adornada de un volante á frunce con otro plegado al borde y anchaenefa de bullones al biés. La túnica, corta segun las medidas que ofrece el patron, se pliega sobre la falda y se guarnece de ancho fleco con cabeza enrejada: cuerpo coraza abotonada por detrás y manga con plegados. Peinado de tirabuzones.

23. VESTIDO-BLUSA PARA NIÑA.

Patron en el pliego por el derecho núm. IV, figs. 14 á 16.

Sirve para reunión y es de muselina blanca con entredoses y puntillas de encaje: la falda, de 250 centímetros de vuelo, lleva tres volantes, dos fruncidos con entredoses y puntilla al borde y uno plegado con jareton: cuerpo adornado por delante con plegados y puntillas como las mangas, y lazos y cinturón de cinta de color.

24. VESTIDO CON BIESES.

Las trencillas Hércules que tanto se llevan en los tra-

jes de lana, se reemplazan en los de seda con bieases de otro tono, y el vestido que presenta este grabado es de faya color ciruela, con plegados de lo mismo y bieases de tono más claros, puestos á lo largo en el mantelo y coraza. Volantes plegados del color del traje.

25. VESTIDO CON MANTELO

Patron en el pliego por el derecho, núm. II, figs. 6 á 11.

Es de faya negro, adornado por delante de un volante con frunces á la cabeza hechos con cordones, y la parte de atrás postiza la cola y pegada de la misma manera, con cordones pasados por jaretas. El mantelo se frunce tambien ligeramente y se guarnece de volante con cabeza pegado por el mismo sistema de cordones, completándole limosnera en el mismo vestido al lado izquierdo. Coraza cerrada con botones por delante y manga adornada de rizados. Gola y mangas interiores de encaje y prendido de encaje y cinta.

JOAQUINA BALMASEDA.



IMPRESIONES.

UN RETRATO.—UNA ESCRITORA.—UNA NOVELA.

En una tarde del mes de Julio, al entrar en el despacho de mi amigo ***, encontré con los codos apoyados sobre el pupitre y la cabeza sobre las palmas de las manos, inclinado y profundamente abstraído contemplando unos papeles que ante él tenía.

Tal era su ensimismamiento que no advirtió mi presencia, y tuve que llamarle la atención dándole una palmada en el hombro.

Al contacto de mi mano levantó la cabeza y me miró como si despertara de un sueño. Su mirada era triste, y en sus ojos brillaban las lágrimas.

—¿Qué te sucede? le pregunté un tanto alarmado.

—Nada, me contestó con triste acento y exhalando un suspiro.

—¿Cómo me explicas, pues tu estado?

—Mi estado! ¿y qué tiene de particular?

—Puede que para tí nada, pero no ha podido menos de llamarme la atención lo que acabo de ver.

—Y quisieras una explicación sobre ello, ¿no es verdad?

—Eres dueño de tus secretos, no trato de inquirirlos.

—Sé tu delicadeza, y tambien tengo pruebas de tu buen corazón; voy á abrirte el mío, confiándote la pena que en este momento me está atormentando.

—¿Qué dices?

—Cuando me hiciste volver de mi éxtasis con tu presencia, mi espíritu vagaba por las regiones etéreas en pos de otro espíritu que ayer era un ángel que embellecía este miserable mundo de engaños y dolores.

—No te comprendo.

—Difícil es si no te digo que estoy hace dos horas sintiendo lo que yo mismo no sé explicarte.

Miré fijamente á mi amigo, creyendo que su razón estaba perturbada. El leyó el pensamiento de mi mirada, y continuó:

—¿Me crees loco! En este momento lo estoy, pero es de dolor.

—¿Cómo me explicas eso?

—De este modo, dijo; y me entregó los papeles que delante tenía.

—¿Y qué tiene que ver esto con tu estado?

—Siéntate y escucha. Hace dos horas fijé los ojos en ese periódico, que como ves es *La Ilustración Española y Americana*, cuando hirió mi vista el grabado de la primera página, el retrato de una mujer, ¡pero qué mujer! Contéplale un momento, y dime con franqueza si has visto en tu vida hermosura más peregrina.

Miré el retrato; efectivamente representaba una mujer bellísima; uno de esos tipos que idealiza el pensamiento y que en la vida real con dificultad se tropiezan. Sus ojos expresaban una dulzura infinita, á la par que cierta voluptuosidad de esas que cual corrientes magnéticas inflaman el corazón en inextinguible llama de amor vehementísimo y apasionado. Tal era la expresión de su mirada, tal la mágica fascinación que ejercía, que mirándola fijamente me sentía á mi vez subyugado por ellos, como si estuvieran animados de vida. Su frente espaciosa, coronada por abundantes rizos de blondos cabellos; su nariz de perfecto corte romano; su boca pequeña con el labio superior ligeramente recogido, aumentan-



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Prim II, 3.

do con ella la expresion de inefable dulzura, su cuello mórbido y su seno prominente, permitian por intuicion calificar de una belleza perfecta al original, no obstante ser el retrato de medio cuerpo nada más.

—Hermosísima mujer es, dije sin dejar de mirar el retrato.

—¡Eral exclamó mi amigo con tristeza.

—¡Ha muerto!

—Sí; ahí lo puedes ver.

Miré al pie del grabado y leí:

«La Excm. Sra. Condesa de Vilches ♣ el 6 del actual.»

Entonces lo comprendí todo. Mi amigo es excesivamente impresionable; es artista, y por lo tanto partidario acérrimo de la belleza de la forma, de la belleza plástica. Había visto un excelente retrato; tenía conocimiento de la existencia de una mujer notablemente hermosa, para adquirir acto seguido la certidumbre de que aquella obra perfecta de la humana naturaleza había vuelto al no ser. Eso para él era una amarga decepcion. Sus explicaciones me hicieron ver que era algo más.

—Yo ignoraba, continuó, que hubiese en el mundo una mujer que á una belleza arrebatadora reuniese las demás cualidades que cautivan la voluntad y dominan los sentidos. Lo he sabido cuando no puedo ya hacerme digno de su amistad; porque te juro, que así como en este momento daría hasta sangre de mis venas para volverla á la vida, hubiera pasado por todas las pruebas, me hubiera sometido á todos los sacrificios, no digo por conquistar su amor, porque ya no era libre, sino solo por obtener el último puesto entre sus amigos.

Y al hablar así comprendía en su acento que decía la verdad y que su sentimiento era tan vivo como espontáneo.

—Esa mujer tan hermosa, prosiguió, esa aristocrática dama cuyas bellísimas facciones reflejo son de una exhuberancia de inagotable ternura, esa mujer que ha arrancado lágrimas á mi corazón contemplando su inanimada belleza, era una verdadera perla, si hemos de creer, —y yo lo creo,— á su necrólogista. Lee esto.

Y me señaló una página del periódico.

El artículo necrológico que ocupaba columna y media, iba firmado por un escritor bastante conocido. En él con gran sentidas frases encomiaba las cualidades de la difunta belleza. La amistad es casi siempre un sentimiento que suele hacer caso omiso de la justicia. No es esto negar en absoluto que la finada poseyera relevantes cualidades morales. La que en tan alto grado las poseía físicas, porque hacemos la justicia de conceder al artista dibujante que copió fielmente el original; debió ser también dechado de virtudes, porque no concebimos exista una belleza perfecta en lo físico, que no lo sea también en lo moral, porque Dios, como dice un padre de la Iglesia, no hace nunca las cosas á medias.

El articulista denunciaba á la condesa como escritora, cuya pluma había producido dos novelas, *Lelia* y *Berta*. La primera no la conocía; la segunda la había ligeramente leído en las páginas de *La Revista de España*.

Contagiado por la impresionabilidad de mi amigo, grabadas en mi memoria las dulces y correctas facciones de la mujer, cuyo prematuro fin también deploraba, quise conocer bien á la escritora, para ver si la obra intelectual era un destello de la productora. Empecé con detencion nuevamente la lectura, y mi juicio franco y sincero lo consigno aquí para complacer á mi amigo, que me lo rogó, pues desde el día en que ambos fuimos impresionados por el retrato, no dejamos de hacer, siquiera accidentalmente, mencion de la mujer, de la escritora y de la novela.

La belleza física en la mujer es la encarnacion de la verdadera poesia, y si á esta se agrega el sentimiento, y si el sentimiento se manifiesta con la cultura y talento que la buena escuela preceptúa; ¿qué podemos exigir más? Decir que la literatura no es para la mujer, ni la mujer para la literatura, no pasa de ser una aseveracion tan gratuita como falta de sentido. En su corazón, ¿no caben asaso todos los sentimientos que enaltecer pueden al género humano? ¿Su inteligencia no es susceptible de concebir y desarrollar una idea? Pues si esto es innegable, excusamos demostrar la legitimidad de la existencia de la mujer literata, por más que algunos escritores exclusivistas, á los que compadecemos sinceramente, la han caricaturado en todos los géneros y bajo todas las formas literarias.

Hecha esta previa defensa de la escritora en general, siguiendo el orden que nos hemos propuesto nos ocuparemos de una en particular.

Duélenos en el alma que haya de ser objeto de la crítica imparcial pero justa una hermosísima mujer cuyo retrato solamente, aunque fuera por trasmision, nos causó la doble impresion del placer y de tristeza. Más es

ley de todo lo creado que hayan de pasar por el alambique de la crítica, como diría Moratin, las públicas exhibiciones, y una produccion literaria, más que nada, no puede eludirla.

Si el valor, según un proverbio persa, constituye el hombre, el estilo hace el escritor; y empezaremos por decir que la malograda belleza que en hora temprana bajó á la tumba, no poseía ninguno como claramente lo ha demostrado en la novela que nos sirve de prueba para juzgarla como escritora.

Poseer un estilo, bueno ó malo, es demostrar el carácter general de un escrito, dando forma á los pensamientos que contenga, luego entra el lenguaje que lo embellece ó lo desfigura, según la propiedad ó impropiedad de su valor, según el estilo sea propio del escritor ó simplemente una imitacion. Cuando el escritor se ha propuesto imitar, y nada más que imitar, aunque el modelo sea bueno, la carencia de estilo propio, siquiera sea en pequeña proporcion, evidencia la vacilacion del que camina sin rumbo fijo, por más que el lenguaje florido y galano quiera encubrir la falta de una idea preconcebida.

Decimos esto, porque en la obra de la bella condesa resalta fácilmente el defecto capital que censuramos. Trozos hay en ella que son prácticas reminiscencias de Lamartine; capítulos cuenta que se adivinan con la misma facilidad que se inspiró en el romanticismo exagerado de Victor Hugo, y en suma, no diremos que el plagio, pero si la imitacion decente presidia y era la norma á que ajustaba sus trabajos la escritora.

El carecer de una condicion esencial para entregarse á las nobles tareas de la inteligencia, no es negar en absoluto los dotes indispensables para conseguir un fin tan loable.

La bella escritora, poseería, no lo dudamos, un talento privilegiado, empero carecía de una instruccion, hasta desconocía la gramática, como lo prueba lo que se lee en la parte tercera, capítulo sexto de su novela, que dice: «...que cual reinas de la vida hollan con paso firme la menuda arena que guarda agradecida la forma de un pequeño y divino pie,....» — Citas como esta podríamos presentar algunas que corroborarán plenamente nuestra opinion, pero, créanos nuestras lectoras, sentimos el no poder prodigar nuestro aplauso á la escritora como lo hemos hecho á la mujer; sentimos mucho más no poder complacer á su necrólogista ensalzando sus méritos como escritora. De muy buena gana concedemos que la noble figura de la dama, orgullo de propios y admiracion de extraños, estuviese dotada á más de una sorprendente hermosura de un talento tierno y levantado; pero esa supremacía de la inteligencia era como los diamantes del Sonora que no tienen valor sino despues de haber pasado por las manos del lapidario.

La novela de la condesa que conocemos, de ninguna manera es la creacion de un espíritu superior, es solo un ensayo, un pasatiempo, un trabajo íntimo hecho, no para ser lanzado al público, sino para probar fuerzas, y en último caso, para deleitarse privadamente en el círculo de los amigos apasionados, de ese número que admiran y aplauden hasta los defectos cuando provienen de una mujer que posee la magia de una hermosura fascinadora. Decir que la opinion ha dado un fallo favorable, es faltar á los principios de la justicia, es desconocer la verdad, es en fin aseverar tan gratuitamente como cuando se dijo que la crítica severa é imparcial ensalzará los méritos de la ilustre escritora.

La que había nacido para embellecer la existencia de cuantos seres la rodeaban, lo cual no ponemos en duda ni un momento; la que era digna para el poderoso, tierna y compasiva para el desvalido; personificación de la bondad, prototipo de la distincion; no merecía sin embargo los aplausos que para ella solicita la amistad, como escritora. Habría sí en su inteligencia un gran germen, que no tuvo cumplido desarrollo, que no pudo dar los óptimos frutos que se tenía derecho á esperar, pues de ninguna manera convendremos en que la hermosa dama sea acreedora á un justo aplauso. Desprovista de pretensiones, encerrada dentro de su modestia, la obra, relativamente considerada, no deja de valer algo, aunque solo sea en pequeño. Vamos á entrar en su exámen enseguida.

Presentar un tipo de belleza suma, ha sido el primer pensamiento de la condesa; y en verdad hemos de confesar que lo ha conseguido, pues en su *Berta* está estereotipada la hermosura que en tan alto grado posee su creadora. Esto hace que la protagonista, en la parte que atañe á la impresion vulgar sea irreproachable; pues se encuentra en ella hermosura, juventud, bondad de carácter y cierta abnegacion que falsea una teoría psicológica muy debatida hoy día. Al hacer inca pie en este punto tenemos que suspender el exámen de la obra para decir, siquiera sean dos palabras, sobre la teoría aludida.

Ella es la siguiente:— Dada la verdad del amor, ¿se puede considerar como tal el sacrificio voluntario del objeto amado? A nuestro modo de ver y según la sana lógica, es claro que la persona que contando con libertad de obrar, sacrifica á la que sea objeto de su amor se le puede desde luego decir que no amaba verdaderamente. El amor dicen que vive de sacrificios; esto no es cierto, por que las contrariedades no se pueden ni deben calificar así. El amor verdadero es egoísta; vive con el objeto amado, ó muere completamente para él. No hay término medio; es un absolutismo que con nada transige; se ama solo un vez en la vida, y aunque se sienten distintas pasiones, todas son reminiscencias de la primera, porque lo primero que se ama en la vida es lo que permanece eternamente en el alma; es el sentimiento que solo se extingue al dar el postrer suspiro. Tal es la teoría psicológica controvertida hasta lo infinito, apurada hasta la saciedad por filósofos de todas las escuelas. Por nuestra parte nos limitaremos á decir siguiendo el exámen de la novela *Berta*, que esta hermosa jóven amando con un amor sin igual, con el primer amor, á Roberto, baron de Béjar; jóven, simpático, elegante, de talento, instruido, de trato fino y aménísimo, enamorado de ella tanto como puede estarlo un hombre que á pesar de profesar principios anti-matrimoniales hace abdicacion de ellos y se inclina ante la mujer de su amor diciéndole: — soy tu esclavo, — pues bien, con todas estas circunstancias *Berta*, la hija del marqués del Cerro, querida y mimada por su padre que no tiene otra hija se deja voluntariamente sacrificar por su madrastra y dá su mano á un veterano general, hombre de gran influencia y muy caballero, pero á quien ella no amaba ni podía amar por la gran distancia que hay entre la primavera y el invierno, entre el principio de la vida y el fin. Por otra parte, cierto Fernando, primo de la protagonista y enamorado asimismo de ella, amigo y confidente de Roberto, hace también el sacrificio de su amor en aras de un cariño fraternal con que le brinda *Berta*. No se concibe que se puedan falsear de tal manera los sentimientos del corazón humano, y á ser esto una verdad, los resultados han de ser deplorables. Traslada *Berta* de Granada, donde había visto la primera luz á la corte, en compañía de su anciano esposo, ocupa este el puesto de primer ministro, vive en el fausto y la grandeza, tropieza con Roberto, que por su nacimiento ilustre y por desempeñar su madre un alto puesto en palacio, se pone pronto en contacto con su amada y sin ofenderla despierta de nuevo un amor que solo estaba adormecido, y el resultado no puede ser más deplorable á pesar de la virtud que la autora supone inquebrantable en la esposa del primer ministro. Es lógico el suponer que una mujer que se casa con un hombre que no es de su edad, ni de su gusto, ni de sus ideas, amando á otro hombre, el día que tropiece con este, que se ponga en contacto con él, por grande que su virtud sea, la honra del marido ha de sufrir gran menoscabo inevitablemente. Eso pasa con *Berta*. Ella es buena y virtuosa, pero ama á Roberto, y de su trato en la corte surge un adulterio. Perdónenos la autora, pero por un camino semejante ni se moraliza ni se enseña. Podrá creerse por algunos que la novela *Berta* es un cuadro de costumbres de la alta sociedad, pero el que la conozca un poco como sucede á nosotros no podrá menos de rechazar tan gratuita suposicion. En la alta sociedad puede ocurrir eso y mucho más, no lo negamos; pero todos los tipos que la bella condesa ha puesto en accion en su tan celebrada novela, todos son falsos é inconsecuentes si se les considera bien y no existe en ellos ni verdad ni siquiera unidad, es decir, tendencia hácia un pensamiento culminante, á pesar de las pretensiones de filosófica que la novela aparece tener. Y decimos esto, porque, muerto el general, y quedando viuda y libre *Berta*, con sucesos inverosímiles á más no poder, libre y enamorado Roberto, los dos amantes no santifican su pasada union con el lazo sacramental del matrimonio. Así como *Berta* con pueriles razones sacrificó á Roberto en Granada, él por un exceso de amor filial; — y esto puede ser y cabe en lo posible, — desprecia la mano de *Berta* desde Italia. Más lo que pone á Roberto al nivel de un hombre vulgar y adocenado y da un mentís á su amor, es el que, por interés únicamente se casa con una mujer que apenas ha tratado. Imítale *Berta*, y al poco tiempo pasa á segundas nupcias con el duque de Alcira, locamente enamorado de ella, como lo había estado también cierto vizconde de San Adrian. No es lo chocante que *Berta* se case, sino que la autora la presente amando al duque como había amado á Roberto. ¿Es esto posible según la psicología? Creemos que no, y solo cabe en una imaginacion un tanto excitada de cierto romanticismo que no es el de Victor Hugo ni el de Carlos Nodier. *Berta* viene amando al duque, cuya hermana, Margarita, se casa con Fernando el primo y antiguo enamorado de la duquesa; aparece de nuevo Roberto, y al ponerse otra vez en con-



TRAJES DE MÁSCARA, DISFRAZES HISTÓRICOS Y ALEGÓRICOS.

3. Aldeana griega. 4. Estudiante de la Edad-Media. (Patron: pliego por el derecho, núm. VI, figs. 21 á 25). 5. Caballero de la Corte de Enrique VIII. 6. Dama de la Edad-Media. 7. Traje de baile. 8. Sacerdote griego. 9. Caballero del tiempo de Luis XV. 10. El Invierno. 11. Dama de principios de este siglo. 12. El Verano. 13. Mejicano. 14. Aldeana suiza. 15. Luisa de Lavalliere. 16. Patricia alemana. 17. Guerrero ruso del ejército de Crimea. 18. Aldeana francesa.

Ayuntamiento de Madrid

tacto con ella es inocente causador de una catástrofe. El duque muere desgraciadamente; *Berta* pierde la razón, vive algunos años loca y por fin la recobra cuando está atacada de mortal dolencia que lentamente la va empujando al sepulcro. Viajan con Roberto, que de nuevo pretende ser su esposo, y en los azares de este viaje, otro alto personaje, el duque de Heroy, enamorado de ella solicita políticamente su mano. *Berta* conoce que su hija y la del general, su primer esposo, que ya es una mujer, está enamorada del duque y trabaja diplomáticamente en pró de esa unión que asegura el porvenir de María. Tras de escenas tristesísimas llevadas a una exageración de que no puede darse cabal idea, muere al fin *Berta* dejando a su hija y al duque unidos por toda su vida. Si el fin de la protagonista tiene alguna semejanza con el de la Margarita y la Diana de Dumas, la resolución y el final de Roberto hace subir de punto el romanticismo *sui generis* de la autora. Un hombre desesperado por la pérdida de la mujer amada, comprendemos y se concibe que en un momento dado llegue hasta el suicidio; pero no es verosímil que rompa con la sociedad toda y aislándose en un monte se entregue a la vida cenobítica cortando toda clase de relaciones con las personas quienes tenía que profesar el amor, sino igual, en parte, que profesó a la mujer perdida. Pretender que las cosas sean al revés de lo que deben ser, es sentar tácitamente la premisa de que no existe un orden natural ni la lógica tiene aplicación en las humanas acciones. ¿Cómo se explican, ni cómo se traducen ciertos hechos que pretenden dimanarse de sentimientos determinados en la escala de las afecciones de la vida? Pues es muy sencillo; por el orden natural cuando no son motivados por poderosísimas causas, que aunque con alguna rareza en la vida, pueden producir un efecto contrario. Si esto es así, y lo estamos viendo de una manera tangible todos los días, la imaginación exaltada de una escritora puede crear muy bien un mundo diferente al en que vivimos y hacer sus peregrinaciones por ese mundo como las hace Julio Verne por el corazón del globo terráqueo, para suponer que en Granada, en Madrid, ha pasado o puede pasar lo que sucede en la novela *Berta*, eso francamente, es tan defectuoso como las exageraciones en que al fin y al cabo vienen a caer los partidarios de la escuela realista.

Si no fuera suficiente para juzgar una obra el conocimiento del género a que pertenece, lo sería el estudio comparado que puede hacerse entre la verdad presentada por el pensamiento y la verdad en acción que es lo que constituye la realidad. Existiendo esa armónica unidad entre ellas, podemos creer desde luego la posibilidad de un hecho, y cuando en una novela o en un drama se nos presenta pintado con sus verdaderos colores, decimos:—tal cosa es una verdad.—En semejantes casos es cuando las creaciones del talento, cuando el arte, en una palabra, causa esa impresión tan viva que con dificultad se borra de nuestra vista. No puede suceder eso en la novela *Berta*, que tiene un defecto capital, ser inverosímil en todas sus partes y ni sus tipos ni sus situaciones no se ve la verdad en ella ni aún remotamente supuesta.

En conclusión, la condesa de Vilches por su hermosura, por su amabilidad y por su trato distinguido y franco, sería digna del encomio de sus amigos y admiradores; más quererla colocar en el número de las que con su pluma instruyen y recrean al pueblo, eso ya es demasiado. Nunca la novela *Berta* será título suficiente para que su autora reciba con justicia el incienso que la crítica imparcial y razonada dirige a los autores de buenas obras.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

SOLEDAD.

Una nota perdida en el vacío;
Un gemido sin lágrimas;
Un ideal sin alma que lo sueñe;
Un astro sin reflejos ni alborada;
Una ola que muere sin espumas
Y sin tocar en la arenosa playa;
Un árbol sin un rido en primavera;
Un pájaro sin alas;
Una flor sin perfume;
Brisa sin notas que en la tarde pasa;
Hogar abandonado en el desierto;
Besos de ausencia que deshace el aura;
Náufrago de la tabla desasido
En violenta oleada;
Niño enfermizo que jugando muere
Sin ángel de la guarda;
¡Huérfano del amor! ¡mis sufrimientos
Y mi destino espantan!
¡Si hay Dios y en Dios creéis, rezad cristianos
Por mi madre que ha muerto y por mi amada!

EDUARDO LOPEZ BAGO.

SOBERBIA HUMANA.

Buscáis en el acaso la potencia
Que al Mundo eterna y perenal dirige,
O decid que el Destino al Orbe rige,
Por no apelar a la Divina esencia.
Al Supremo Hacedor la humana ciencia
Razon de todo pretenciosa exige,
O a la Diosa-razon templo se erige,
Por arrojar a Dios de su conciencia.
¡Absurda vanidad! ¡Soberbia loca!
¡Quién a la eternidad remonta el vuelo?
¡Cómo abarcar la ciencia lo infinito!
¡De lo increado, quién la causa toca?...
Soberbio y vano el hombre escruta al cielo,
Y es átomo no más de lo finito.

F. S. Y A.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuación).

Acordóse de Norberto, y le buscó por todas partes sin poder encontrarle. Llamó a todas las puertas; nadie le había visto, nadie supo darle razón de él. Llamóle en alta voz, le buscó de nuevo, y solo cuando vio que la noche estaba ya muy adelantada, se decidió a regresar a Madrid; pero sin duda equivocó la senda, porque se halló sin saber cómo en el centro de una plazuela, en la cual desembocaban numerosas calles de árboles. Por desgracia, la noche era tan oscura, y tan densa la niebla, que nada podía distinguir a cuatro pasos de distancia.

Detúvose un instante irresoluto, y por fin tomó a la ventura una de aquellas sendas, sin saber a dónde podría conducirle.

Imponente era vagar solo por aquella espesura, envuelto entre las sombras. El camino estaba cubierto de espinas y zarzales, y sus pies chorreaban sangre.

Por fortuna, al cabo de una hora empezaron a clarear los árboles, y pudo ver las mansas aguas del río deslizarse entre los cañaverales. Entonces conoció que el camino que seguía era paralelo al Manzanares, y se prolongaba, por lo tanto, hasta lo infinito.

Paróse a meditar, y comprendió que había dejado muy atrás el puente, por lo cual tenía que volver a desandar lo andado; pero no queriendo internarse de nuevo entre la espesura, siguió la orilla del río, hasta que ya muy entrada la noche, consiguió llegar al puente de Toledo, en donde se vio detenido por un nuevo e insuperable obstáculo. La puerta estaba cerrada.

Por fortuna se acordó de que en la de San Vicente estaba aquel día de guardia un joven militar que concurría a casa de la condesa, y volviendo a emprender la ruta, logró por fin, con el auxilio de este, verse dentro de la coronada villa, tras tantos sobresaltos y fatigas.

Las calles estaban desiertas, y Leopoldo, que no conocía bien a Madrid, empleó más de dos horas en dar con la casa de su tía, en la cual reinaba ya, como en todas las demás, un profundo silencio. ¡Eran las tres de la mañana!

En vano buscó un faro salvador en la habitación del portero o en alguna ventana. La oscuridad era tan completa como el silencio. Decidióse entonces a llamar; pero como no lo hizo muy fuerte, por no promover un alboroto y turbar el reposo de su tía, no consiguió que lo oyeran.

Causábale, además, empacho su conducta.

—¡Es propio, se decía a sí mismo, es propio que un hombre que se casa pasado mañana, pase todo el día y aun toda la noche lejos de su futura esposa? Es verdad que mi tía me encargó que viese a Margarita; pero ¿podrá creer que he empleado en desempeñar su encargo tantas horas?

Hago mal, muy mal. Cristina en el día no merece la crueldad con que la trato. ¡Ah! ¿por qué accedí a sus súplicas y no me fui a Aragón, como había pensado? Esto hubiera retardado un enlace que aborrezco a pesar mío.

¡Pero fué por acceder a las súplicas de Cristina, por lo que desistí de mi viaje, o por estar cerca de ella?

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuán desgraciado soy y cuán culpable!

Apoyóse en el guarda cantón de enfrente de la casa y permaneció inmóvil, abismado en sus tristes reflexiones.

—¡Va a pasar la ronda, pensó al cabo de algún tiempo, y como aquella noche, me van a llevar a la cárcel, de donde saldré cuando Dios quiera! Pero ya que tan bien he sabido escalar esta tarde la tapia del huerto, ¿por qué no he de intentar escalar la del jardín?

¡Si hallase el sitio por donde bajé aquel día! Recuer-

do, que cuando después de mi libertad le examiné a la luz del sol, vi que por la parte de afuera había algunas piedras salientes. En fin, probaré... me servirá de auxilio la escopeta...

Dió la vuelta al jardín, halló el lugar que buscaba; pero cuando se disponía a acometer la difícil empresa, sus manos tropezaron, como en otra ocasión, con una escala.

Toda la sangre de sus venas se agolpó a su cerebro, y experimentó un vértigo. No podía creer al testimonio de sus sentidos; cogía y volvía a coger la escala; ¡le parecía estar soñando!

—¡Gracias, Dios mío! exclamó por fin descubriéndose y fijando los ojos en el cielo; gracias ¡oh Dios protector de la inocencia, que recorres el velo de los sucesos más misteriosos, que por medio de las más extrañas circunstancias das a cada uno tarde o temprano lo que es suyo!

¡Tengo en mis manos la prueba de la inocencia de Margarita, y quisiera poder mostrarla al mundo entero! Reflexionó un instante, y pasando rápidamente de la alegría a la tristeza, prosiguió exhalando un amarguísimo suspiro:

—¡Cristina!... ¿Serías por ventura tú? ¡Dios no lo quiera!

Trepó muy despacio, y casi a pesar suyo, por la escala, se deslizó en el jardín, y como la primera vez, oyó el rumor confuso de dos voces, que revelaban a un hombre y a una mujer; pero ¡ay! que sus temores eran ciertos: ¡ay! que la mujer era Cristina.

Leopoldo no quiso avanzar más; se sentó en un banco solitario, y se cubrió la cabeza con las manos.

¡Faltaba solo un día para la boda! ¿Qué podría hacer ya, sin deshonrar a su tía y a su prima!

Mil ideas confusas bullían en su cerebro, los latidos de su corazón eran tan tumultuosos, que temió fuesen oídos...

El viento de la noche traía hasta él el murmullo de las dos voces, que se mezclaban y confundían. Las inflexiones de la de Cristina eran rápidas y duras, las inflexiones varoniles, suaves y melódicas. Cristina parecía resistir; el hombre humillarse y suplicar...

Aquel extraño concierto duró hasta el alba; entonces ambos amantes se separaron, pero el adiós que pronunció Cristina fué un adiós eterno y lleno de encono.

Después que lo hubo pronunciado, con el ademán altivo de una reina, buscó un asilo en la estancia del pabellón, contigua a la que habitaba Margarita, y cerró la puerta por dentro.

El desconocido, temeroso de ser visto, no insistió en llamarla, y se dirigió a la tapia; pero para hacerlo, tuvo que pasar por delante de Leopoldo, oculto entre el ramaje. Iba de prisa, y no se apercebía de que la escena nocturna había tenido un testigo.

—¡Es él! murmuró Leopoldo estupefacto. ¡Es Paoli!

No le había visto más que una vez, pero hay fisonomías que no se olvidan nunca, nombres que quedan grabados en el corazón con caracteres de sangre.

Esperó a que los criados abriesen la puerta de la casa, que comunicaba con el jardín; esperó a que Cristina saliese furtivamente del pabellón y se dirigiese furtivamente a su cuarto, sin duda como tenía de costumbre, y después procuró deslizarse él también sin ser visto de nadie, para ir a encerrarse en el suyo.

Necesitaba descansar, necesitaba tranquilizarse; pero el recuerdo de los sufrimientos de Margarita no le dejaba un instante de reposo.

Cambió por otro su traje de cazador, y fué en busca de la condesa.

¡Inútil empeño!

En la víspera del gran día, la bondadosa madre tenía mil compras que hacer, mil diligencias que practicar; ¡hubiera preferido la muerte a que no se realizase aquel enlace, que no solo debía labrar la ventura de su hija, sino también devolver al generoso Leopoldo su fortuna! Era en ella cuestión de cariño al mismo tiempo que de delicadeza, y se afanaba porque ninguna circunstancia viniese a retardar el anhelado instante.

Había salido muy de mañana, y a las cuatro de la tarde estaba todavía ausente.

Leopoldo, mohino, huyendo de la vista de Cristina, que le asediaba con sus falsas caricias, fué a encerrarse en su aposento; pero aun no había entrado en él, cuando se abrió cautelosamente la puerta y apareció Antonio.

El joven se estremeció al verle.

—¡Tú aquí! exclamó abalanzándose hacia él. ¿Qué traes? ¡No te había despedido Andrés?

—¡Por Dios, no me pierda V.! respondió Antonio con ademán azorado. Anoche fuí a recoger mi atillo.... y mire V.

—¡Qué es esto? preguntó Leopoldo, trémulo de emoción, viendo que le tendía un papelito sucio y arrugado.

—Lo escribí como pudo la señora, dijo Antonio; pidiéndome por Dios que no dejase de entregárselo.

Leopoldo tomó el papel y devoró su contenido.

«¡Sufro mucho, venga V., venga V. solo! ¡A las siete, solo!»

Esto decía; no tenía firma ni fecha, y parecía haber sido trazado con mano trémula y azorada.

Leopoldo quedó suspenso. ¿Era posible que la prudente Margarita hubiese escrito aquel billete? Pero si lo había escrito, para dar semejante paso, ¡cuán grande no debía ser su peligro! ¡Cuán inmenso su sufrimiento!

Quiso interrogar á Antonio, pero Antonio había desaparecido, al oír el rumor de pasos que se acercaban.

Era un criado que venia á anunciar á Leopoldo el regreso de su tía, y que le esperaban para comer.

El joven maldijo aquel importuno incidente, que le había impedido hacer nuevas investigaciones, y se dirigió cabizbajo y pensativo al comedor.

Durante la comida estuvo inquieto, distraído; y así que se concluyó, subió apresuradamente á su cuarto, se envolvió en su capa, aunque ya no era tiempo de llevarla, y salió de la casa con sigilo, recatándose de todas las miradas.

Creyó no haber sido visto, pero se engañaba.

Ocultas detras de las persianas de un balcon, Cristina y Justa atisbaban su salida.

—¡Lo ve V., señorita, lo ve V.! decía la segunda con aire triunfante. ¡Tótilo me lo ha contado Antonio, todo! Ayer estubo allí, y se contentó con escalar el huerto; hoy vuelve, pero no será á humo de paja, señorita! ¡Yo temo!... En fin, yo me entiendo y V. me entiende!... ¡Dios quiera que no suceda!

Cristina no respondía, pero se mordía los labios hasta hacerse brotar sangre.

—¡Qué niña fué V. anoche! prosiguió la tentadora. ¡Mal hizo V. en despedir á ese señor que tan de veras la quiere!

—¡Él! murmuró Cristina con tono sombrío. ¡Capricho! ¡Vanidad! ¡A mí no me quiere nadie, porque á nadie quiero, Justa! ¡Mi corazón es un desierto, en donde no habitan más que la soledad y el hastío! ¡Ay, Justa! tarde lo he aprendido: *¡se codicia lo que es bello, se ama lo que es bueno!*

—Pero diga V., señorita, y déjese V. de esas tonterías: ¿no sería un chasco si mañana se quedase V. plantada?

Cristina se estremeció, poniéndose sucesivamente pálida y encendida.

—¡Lo crees tú posible? balbuceó con voz ronca; ¿no sabes que Leopoldo es un caballero?

—¡Tá! ¡tá! ¡tá! Fíese V. de caballerosidades, señorita! ¡Yo sé muy bien lo que sé! Y si por mi consejo se hubiese V. de guiar, volvería ese señor esta noche, que hablando las gentes se entienden, y bueno es tener un marido prevenido para los casos de honra. ¿Con que le llamo?

—¡No me fio de él, no me fio de nadie! murmuró Cristina, retorciéndose los brazos con desesperación. ¡Oh! ¡si me vieses ahora mis rivales!

Y fué á dejarse caer sobre un diván, en donde permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos hoscós, con las facciones descompuestas, pero sin verter ni una lágrima siquiera.

¡Su corazón estaba seco, y ni aun podía llorar! ¡Desventurada!

CAPITULO XIV.

LUCHAS DEL ALMA.

La mayor parte de las mujeres abrigán virtudes que solo pueden revelar las ocasiones.

E. JONY.

Un hombre debe saber apreciar la opinión pública; la mujer tiene que someterse á ella.

MAD. NEKER.

Entretanto Leopoldo, corriendo más bien que andando, se dirigía á la triste mansion en donde suspiraba Margarita. Sus piés parecían tener alas; le arrastraba un vértigo insensato. Su imaginación era un caos, en el cual germinaban ideas extrañas, ideas que nunca había concebido. Agitaban su alma esperanzas que nunca había soñado, y que le hacían ruborizar y estremecerse de alegría; pero su alegría tenía algo de doloroso y turbulento, que casi le hacía sufrir como una pena.

Parecía que el billete que guardaba sobre su corazón era de fuego, y que su contacto le abrasaba.

No tenía ningún plan formado, ninguna idea fija de lo que iba á suceder; pero si veía á lo lejos confusamente convertirse en posible lo imposible. Y por una aberración extraña y contradictoria, al paso que esto ponía el colmo á su felicidad, le hacía sufrir horriblemente, porque sentía ver bajar de su altísimo pedestal, y convertirse en mujer á la santa que había adorado de rodillas.

Cuando llegó á la casa, halló con no poca sorpresa, abierta la puertecita falsa del huerto.

—No hay duda, no hay duda, murmuró con un acento á la vez alegre y doloroso.

La noche había cerrado; el huerto estaba silencioso; pero vió brillar una luz en la ventana de un cuarto bajo, que solo se levantaba algunos piés sobre el nivel del suelo.

La ventana estaba también abierta.

Acercóse de puntillas, y vió á una mujer arrodillada y orando delante de un pequeño crucifijo de marfil; era Margarita.

El joven sintióse repentinamente sobrecogido de un involuntario respeto, se quitó el sombrero y confundió su fervorosa plegaria con la plegaria de la huérfana.

Esta terminó su oración con tales sollozos, con tan tristes ayes, que Leopoldo, que había permanecido inmóvil al lado de la ventana, trepó por ella, y se precipitó en la estancia.

Margarita no le conoció; Margarita soltó un grito de espanto al verse tan bruscamente sorprendida, y corrió á refugiarse en un rincón del aposento, tendiendo hácia él sus manos temblorosas.

—Soy yo, exclamó Leopoldo con dulzura. ¡Soy yo! ¡Su amigo de V., su hermano!

Pero Margarita no pudo responder: había caído sobre una silla casi desmayada.

—¡Oh, hermana mía! prosiguió Leopoldo con efusión cogiendo sus manos heladas, ¡dulce hermana mía! ¡Cuán pálida está V.! ¡cuánto debe V. sufrir!

—¡Mucho, sí, mucho, demasiado para mis fuerzas! dijo la joven lentamente y con aire extraviado. ¡Oh! ¡no se lo diga V. á nadie! ¡Que nadie lo sepa!

¡Yo no quería revelarlo ni aun al confesor, pero tengo el corazón abrumado!... ¡Necesito llorar!... ¡Necesito algún consuelo!...

—¡Mi vida pertenece á V.! exclamó Leopoldo con exaltación.

Margarita pareció no hacer caso de esta oferta.

Apretó convulsivamente la mano del joven, y añadió en voz baja, como presa de un delirio:

—¡Leopoldo, Leopoldo, esa mujer me ha pezado; me ha encerrado en este cuarto, en donde gimo prisionera!... ¿Y sabe V. por qué? Porque el pobre Norberto permanece día y noche, como un perro á la puerta de esta casa; porque D. Silverio, mi segundo padre, ha llegado y quiere verme; porque yo, su hija, quería recibirle... Hé aquí el delito y hé aquí las señales de la brutalidad de esa mujer que me ha dado por carcelera.

Y la infeliz enseñaba un cardenal en su espalda magullada.

—¡Sígame V.! gritó Leopoldo con trasporte; la puerta está abierta, vamos á casa del juez, vamos á pedir justicia.

Y la arrastró consigo.

Margarita le siguió casi maquinalmente.

Parecía que la razón la hubiese abandonado.

(Se continuará.)

CONSEJOS DE HIGIENE.

En el mes de Febrero empiezan ya á manifestarse con más intensidad los cambios atmosféricos, tan perjudiciales á la salud y contra los cuales es preciso prevenirse por medio del abrigo, que no consiste como cree la generalidad de las personas en llevar mucha ropa, sino la que necesite cada uno, segun su naturaleza, para resistir á la acción del frío, y esta llevarla constantemente. Los que se sobrecargan de ropa se exponen en este mes á tomar una pulmonía, pues haciendo hasta cierto punto calor al sol, varia mucho la temperatura á la sombra.

Siendo además Febrero el mes de los bailes y teatros nunca serán excesivas las precauciones que se tomen, pues es muy expuesto pasar de la temperatura elevada de los salones á la baja y fría de la calle, particularmente de noche.

Las habitaciones deben tener un temple regular. Las estufas de fundición, que tan en moda están, son muy perniciosas. El Sr. Carret ha demostrado á la Academia de Ciencias de París, que á cierta temperatura dan lugar al desprendimiento de gran cantidad de óxido de carbono. La comisión nombrada para asegurarse de este hecho, ha confirmado plenamente la exactitud de sus asertos. Preferibles son, pues, las chimeneas y nuestro histórico brasero.

En este mes es bueno hacer uso de la leche, sobre todo la de burra; pero esta no aprovecha más que á las personas nerviosas; á las linfáticas, por el contrario, las perjudica en extremo.

Así que se inicie un resfriado, base y causa casi siempre de todas las enfermedades, debe combatirse por medio de la traspiración, que es el mejor de los remedios, y la dieta.

Algunas veces son buenos los baños de piés y piernas en agua tibia, y los sinapismos. Para obtener un sudor copioso, se pelan y quebrantan cinco ó seis granos de cacao, y se hacen hervir en una taza y media de agua, que debe quedar reducida á una. Se añade un poco de manteca de cacao y azúcar, y se toma tan caliente como sea posible, por supuesto, ya en la cama y bien arropados.

También es bueno tomar un vaso de leche, ó dos yemas batidas con merengue, pero siempre muy caliente.

Para la tos, hágase un cocimiento de cebada, malva-visco y salvado; despues que ha hervido bien, se le añade flor de saúco, haciendo que dé otro hervor.

Al tiempo de tomarse, se le echa una yema de huevo y azúcar cande, debiendo estar la bebida nada más que tibia.

Para curar las grietas de las manos, basta abstenerse de meterlas alternativamente en agua fría y caliente, y frotarlas con aceite de oliva, manteca fresca sin sal ó cerato de Galeno, resguardándolas del aire frío.

Para curar los sabañones, se toma una onza de cera blanca, una de tuétano de vaca y dos de manteca de cerdo sin sal: se pone en una vasija vidriada, y despues de haberla dejado cocer un poco, se pasa por un lienzo. Al tiempo de acostarse se extiende sobre los sabañones una porción de esta pomada y se cubren con un vendaje. A los cuatro ó cinco dias estarán curados.

UN VIEJO DOCTOR.

Soluciones á las charadas y al logogrifo que aparecieron en EL CORREO correspondientes al 18 de Enero por las señoras doña Amparo Violant de Cárdenas, de Mangiron; doña Teodora Prieto, de Lucena; doña Mariana Diaz Pimienta, de Quintanar de la Orden; doña Sebastiana Quirós, de Cuenca; doña Elvira Sipena, de Castilla; doña Teresa Batlle de Peydro, de Almería; doña Susana Mier de Barrios, de Verdeña; doña Dolores Barel, de Segovia, y las siguientes:

A LA 2.^a Mi amiga tiene una niña
Que madrina le será,
Y por ser tan remonona
Elidora la pondré

Tarragona. ROSALÍA JORDÁ Y VILA.

A LA 1.^a Estando aun en la cama
Me trajeron EL CORREO,
Y leyendo la charada,
Al ver la primera, dije:
Esta es sin duda Anagrama.

A LA 2.^a Niña rica á quien adora
Su cariñoso papá,
Y que á cualquiera enamora,
Debe ser, si no me engaño,
Mi simpática Elidora.

Madrid 21 de Enero de 1876. M. A. PEREZ.

Solucion al logogrifo.

TAQUIGRAFÍA.

CHARADAS.

I.

Prima y segunda
Es de madera
De roble, encina
U otra cualquiera
Nunca ser puede
Llano dos tercias,
Pues bien lo indica
Tercia y primera.
La cuarta puede
Ser una fiera,
Y al mismo tiempo
Una cordera.
Es ave linda
Prima dos tercias,
Y se deriva
El todo de ella.
Que es apellido
Que muchos llevan,
Con justo orgullo
Por su nobleza.

JERÓNIMO COUDER.

II.

De prima la nivea huella
En mi casa encontrarás,
Y mi segunda se forma
De una letra no vocal,
Y es mi terciá ciertamente
Una nota musical.
Prima segunda con cuarta
Es de grande utilidad:
Y aunque el todo no es duoso
Es difícil de acertar,
Puesto que viene de fuera
A vivir y á trabajar.

JOSÉ GUZMAN CELIZ.

LOGOGRIFO.

Once letras muy cabales
Contiene este logogrifo,
De las que son seis vocales,
Y consonantes las cinco.
Puedes con ellas formar
Quince nombres femeninos,
Un adverbio de lugar,
Tres gentilicias deidades,
Lo que en los buques verás,
Dos fieros emperadores,
Un pronombre personal,
Dos flores, y un apellido
Que es adjetivo á la par;
Dos arbustos, una fiera,
Y aun un signo zodiacal;
Una parte de las aves,
Un producto mineral,
Y muchas cosas que omito
Diciéndote fué mi todo
Emperador, enemigo
Y perseguidor tenaz
Del nombre de Jesucristo.

Castro Urdiales. ANA ASENJO.

EL PENDOLISTA UNIVERSAL.

Esta obra de suma utilidad y propia para hacer regalos á los niños, se halla de venta en la acreditada librería *La Infancia*, Plaza del Progreso, núm. 11. Esta obra, única en su clase en España, debida al inteligente calígrafo don Carlos Santigosa y Gaspar, cuesta 90 rs., y se divide en siete cuadernos, que se venden también por separado, conteniendo los unos caracteres españoles, ingleses, italianos, góticos, etcétera, y los otros caracteres, adornos para bordar y toda clase de cifras de enlace.



19. Delantal para niña. (Patron y explicación: pliego por el revés, núm. XII, figs. 46 y 47).

Explicación del Figurin. 1203.

TRAJES DE MÁSCARA.

FIG. 1.ª—Traje de máscara para señora casada.—Dama de principios de este siglo.



21. Vestido con falda de cola.

Vestido de funda, de raso blanco adornado de cintas rosa y encajes. La forma del cuerpo y de las mangas es muy notable. Sombrero de gros grain blanco adornado de cintas, rosas y flores grandes; chal de crespon de China rosa bordado; ridículo rosa y blanco.



FIG. 2.ª—Traje para niña.—Rami-
lletera de la
época de
Luis XV. La
falda es de
foulard maiz,
la túnica y
el cuerpo de
punta de ta-
fetán azul.
Delantal de
muselina; es-
carapela de
cinta rosa y
azul en el ca-
bello; botas
azules.

FIG. 3.ª—
Traje para
joven.—Traje
de sirvienta
campesina

francesa, tomado del pintor Greuze. Es un traje delicioso para señorita por su modestia y porque permite bailar sin temor de que se chafeni se desluzca. El vestido es de tafetan ó lana á rayas, con fichú de foulard floreado; el delantal con peto de nanzouk. Cofia de muselina, cruz de oro en el cuello y cintas de terciopelo negro por pulseras.



22. Vestido con túnica plegada.

23. Vestido-blusa para niña
(Patron de la blusa: pliego por el
derecho, núm. IV, figs. 14 á 16).

24. Vestido con mantelo.

25. Vestido con túnica de novedad.
(Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 6 á 11).

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª, 2.ª y 4.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO y el pliego de patrones.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

2 de Febrero de 1876.
Explicacion de 6 patrones y diferentes dibujos, cuyos grabados aparecen en los números 5 y 6 de El Correo, correspondientes á los dias 2 y 10 de Febrero.



